



JUAN VALERA.



# La Semana

Tenemos el alma en un hilo... telegráfico.

La curiosidad humana, que más pide cuanto más se la dá, quisiera saber punto por punto lo que sucede hoy en todos los rincones de las cinco partes del mundo, y hay empresa periodística que en su «megalo-manía informativa», no se contentaría con menos que con poner un aparato Hughes en cada taller, un Morse á la vuelta decada esquina y una plancha telefónica en la boca de cada obrero.

Gentes hay que en cuanto agarran un periódico se dirigen al servicio (telegráfico, por supuesto) y contemplan los lacónicos despachos del corresponsal con el mismo terro' mudo con que suelen contemplarse los telegramas particulares venidos á deshora, en los que se adivina casi siempre el anuncio de una desgracia de familia.

Por eso, pudiera haber en estos dias una huelga más terrible que la de los obreros: la huelga de los telegrafistas.

Abandonados por la electricidad y obligados á *apañarnos* con el correo, nos sentiríamos más abandonados que Robinson Krusoé en ja isla desierta, cuando aún no tenía el trabajo dominical ó del negro Domingo.

También yo he pensado en poner mi «modesta esfera de acción» al servicio de los curiosos lectores de LA SEMANA, y hé aquí los telegramas de mi servicio particular—¡y tan particular!—que á costa de innumerables gastos, costosos dispendios y desembolsos onerosísimos, me han transmitido con el carácter de «urgentes» mis activos corresponsales especiales.

## Berlin.

El emperador quiere que los obreros manifiesten su sentimiento por la muerte del Feld-mariscal, dejando para mejor ocasión el movimiento huelguista.

No se sabe si los obreros accederán á tributar este honor á Moltke.

Créese que lo tributarán á *re-moltke*.

## Burgos.

Témese que los socialistas españoles hayan elegido esta ciudad histórica (*Caput Castellæ*) como cuartel general de las operaciones huelguistas, con preferencia á Bilbao, Barcelona y otros centros obreros.

Los que esto creen, dicen que esta es no sólo la patria de los *burgueses*, sino la ciudad de las *Huelgas*.

## Marsella.

Obreros y patronos han celebrado un *meeting*, en el que aquellos han expuesto sus pretensiones, negándose rotundamente á trabajar más de ocho horas.

Uno de los huelguistas ha dicho:

—¡Trabajaremos ocho horas y tres más!

Ante esta explícita declaración, patronos y obreros han fraternizado cariñosamente.

## Avila.

Los huelguistas solemnizan el 1.º de Mayo con un gran baile.

Han llegado algunas parejas.

(No sabemos si esta última parte del despacho se refiere á los bailarines ó á la concentración de la guardia civil.)

## Sevilla.

Los obreros sevillanos, encontrando desacreditada la fórmula de las 8 horas, se han declarado en huelga con este lema «Siete y media.»

El gobernador hace numerosas prisiones, por creer que dicha frase es una excitación á los juegos prohibidos.

## Cáceres.

Muchas familias de esta capital extremeña, han hecho acopio de víveres, con objeto de atender á sus necesidades.

Créese que el cuerpo obrero hará alguna de las suyas.

## Lyon.

Han salido para los distritos mineros un regimiento de dragones, el 5.º de coraceros y cinco escuadrones de húsares.

A pesar de esto, queda en la ciudad mucha caballería.

## Almaden.

Continúan llegando tropas.

Créese imposible evitar movimientos en las minas de azogue.

## Cádiz.

Témese que los obreros adopten una actitud hostil frente á las congregaciones religiosas.

Si esto sucede, dícese que la primera en sentir la furia de los huelguistas será la Cofradía de las Cuarenta Horas, por creer los trabajadores que ese título es un reto al lema obrero de las ocho horas.

## Londres.

Miles y miles de obreros anarquistas han atravesado en significativa manifestación el aristocrático barrio de la *City*.

En *Trafalgar-Square* los manifestantes han insultado á los *policemen* y les han escupido.

Los huelguistas continúan en su actitud expectorante.

(No sabemos si habrá querido decir «espectante» nuestro corresponsal.)

Si con mi diligencia y actividad he conseguido añadir una página á la brillante crónica de las huelgas, que escriben hoy todos los diarios de España, si puedo llevar mi grano de arena á la gran pirámide que, quizá sin quererlo, levanta la prensa seria de la nación á la naciente revolución social—y que, como tal pirámide, amenaza acabar en punta—se habrán cumplido todas las aspiraciones del modesto periodista, que en punto á información y reporterismo, apenas se llama, no Pedro, sino.

Luis ROYO VILLANOVA.



## ARMONIA IMITATIVA.

Perez, un mozo genial de inventiva portentosa, me enseñó ayer una hermosa composición musical, de efectos tan sorprendentes que resulta superior, y en la cual pinta el amor en sus fases diferentes.  
A una chica uno suplica que de su amor se haga cargo, y aquí da principio un *largo*, que es el «¡largo!» de la chica.  
—«¡Anda!»—la dice el tunante para ver si así se ablanda; y en donde él la dice: «¡anda!», allí comienza el *andante*  
—«¡Por qué tú desdén extremas—dice el mozo—contra mí?»; y ella dice para sí:  
—No la hagas y no la temas. De una virtud el naufragio la tal reflexión evita...

—Esto no se necesita advertir que es el *adagio*. —  
—«¡El corazón hervir siento y que ya se agita noto!»... — (Esto es *allegro con moto*, es decir, con movimiento.)  
Ella, cuando el insensato al último extremo llega, que se modere le ruega, y entra al punto el *moderato*.  
Luego un golpe al mozaibete pega por no estarse quieto, y entra después el *largo* que quiere decir: «¡larguete!»  
—«¡Ninfa hermosa, compasión ten de mí, por Belcebú!»— dice él, continuando su campaña de seducción.  
Tras un pertinaz asedio, logra al fin el atrevido que ella dé un *si* sostenido, que tiene hemol y medio;

y en el duro trance aquel, en que al sentirse perdida, cae ella desfallecida... por supuesto, en brazos de él, y éste, que se ha visto negro, ve su suerte menos negra, cuánto del caso se alegra dice en un hermoso *allegro*.  
—«Es precioso ese capricho»—dijo á Pérez;—«pero ahí falta, por lo que entendí, la introducción...»—«¿Quién lo [ha dicho?]

—me replicó.—«¿No ve usted que al final la he colocado? —«¡Cómo! ¡Tú estás atontado!... Eso está mal...—¿Y por qué? Tratando de la cuestión que trata, lo natural ¿no es dejar para el final eso de la introducción?...

FERNANDO SEGURA.

## JUSTICIA DEL CIELO

Juntos y á la misma edad murieron Juan y Sofia, emprendiendo el mismo día su viaje á la eternidad. Ni el cansancio les aterra ni les incomoda el traje; se han dejado el equipaje de dolores en la tierra. Llegan al cielo por fin, tiran de la campanilla, se corre una nubecilla y aparece un serafín.  
—¿Quién llama con tanto brío?  
¡No es hora de despachar!  
—¡Por compasión, un lugar donde librarnos del frío!  
—¡Es floja la pretensión!  
¿Entrar aquí nada menos?...  
—Es que los dos somos buenos.  
—Eso ya es otra cuestión... Mas procedamos con calma, pues vuestra presencia extra- ¡Como hace cerca de un año [ño... que aquí no ha venido un alma! No es que la entrada se niega á quien la entrada ganó; mas San Pedro se escamó con tanta virtud de pega y por esto se propone severidad sin igual... Voy á llamarle al portal y él verá lo que dispone. Marchóse el ángel por fin, y allí quedaron los dos pensando en pedir á Dios que multase al serafín. Vino, y no con ligereza,

el portero, que es anciano, con una llave en la mano y un casquete en la cabeza. Los mira con atención: y al verles tan inocentes, hace un gesto, y entre dientes murmura:—¡Qué cursis son! Aquí teneis al guardián; decidle lo que queréis...  
—Que entrar presto nos dejéis, responde algo fosco Juan.  
—No me hables con aspereza, que tono tal no tolero... Si gritas, cojo un lucero y te rompo la cabeza.  
—Pasad aviso al Señor de que le desean ver un hombre y una mujer cuya vida fué el amor, y que tanto se quisieron y hasta tal punto llegaron, que nunca se separaron y que juntos se murieron. Nuestras dos almas unidas hoy se presentan aquí, y abajo, en la tierra, así estuvieron nuestras vidas. Ni existe gozo mayor que fundir dos corazones y sentir las ilusiones que emanan de un tierno amor. Amor donde no hubo agravios al cielo; sesudo y grave... ¡Como que mi Juan no sabe á lo que saben mis labios! Limpio mi espíritu está, y el suyo limpio también...

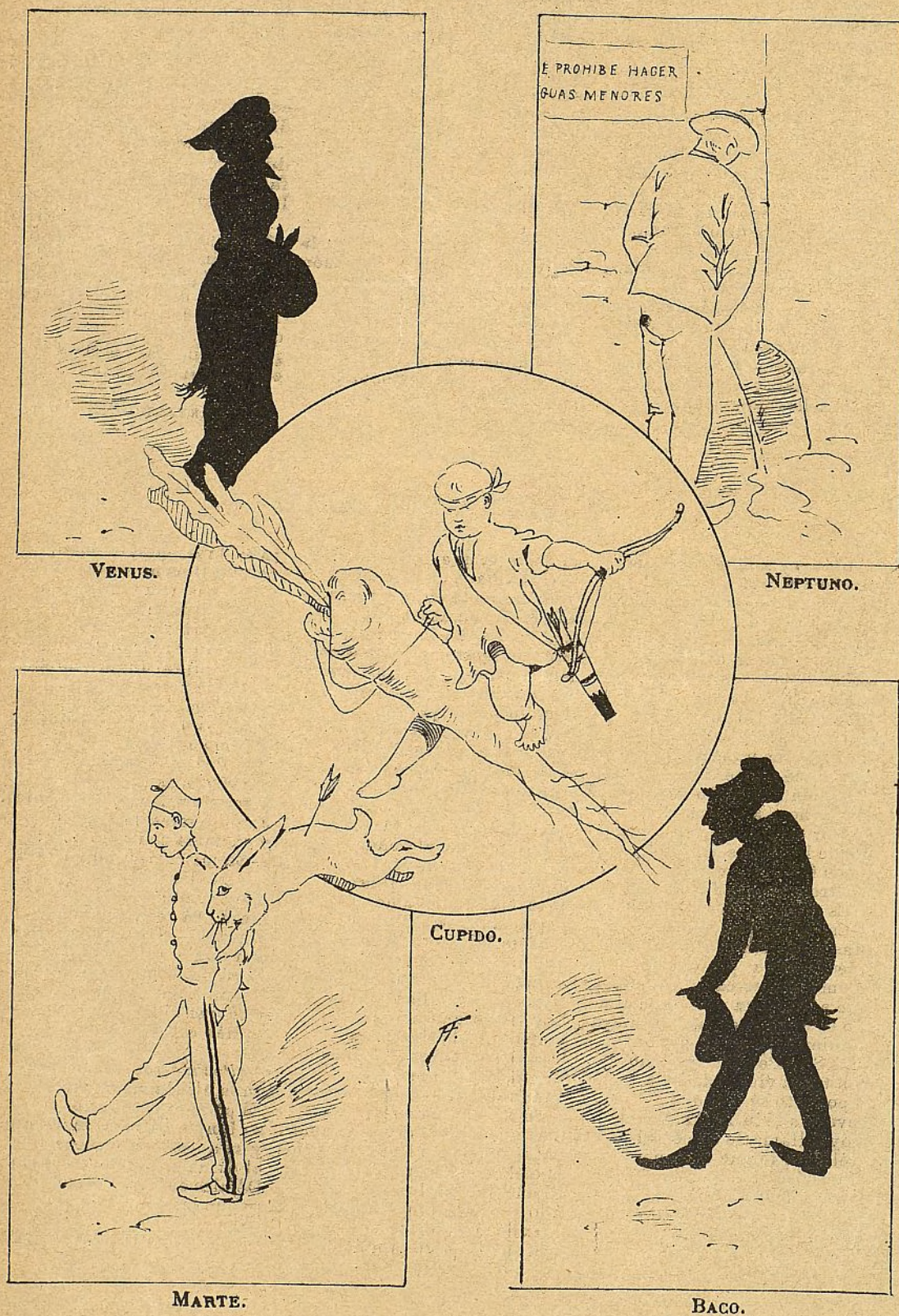
¡Abridnos, pues, el Edén, porque Dios no se opondrá! Con entusiasmo Sofia tales frases murmuraba, y San Pedro la miraba sin comprender lo que oía.  
—Yo —dijo al ángel—no entiendo lenguaje de tantas galas. [do Y el ángel se encoge de alas, —Yo tampoco—respondiendo. Y como nadie lo explica, dijo Pedro al serafín:  
—Avisa á San Agustín á ver si entiende á esta chica. Juan le mira de través y exclama con tono fiero:  
—En mi vida ví un portero tan sandio y tan descortés. Y oyéndole el santo tal, pierde ya toda su calma, y grita:—¡Ni yo ví un alma con una osadía igual! El sábio, el fuerte el atleta llegan humildes aquí... y tú que vienes así, ¿quién eres?

—¡Yo soy poeta!  
—¡Poeta! —sentido acento en la altura murmuró... El portero descubrió su limpia calva al momento, y se aprestó á obedecer al escuchar:—¡Pobre chico! Déjales entrar, Perico... ¡y que les den de comer!

LUIS DE ANSORENA.

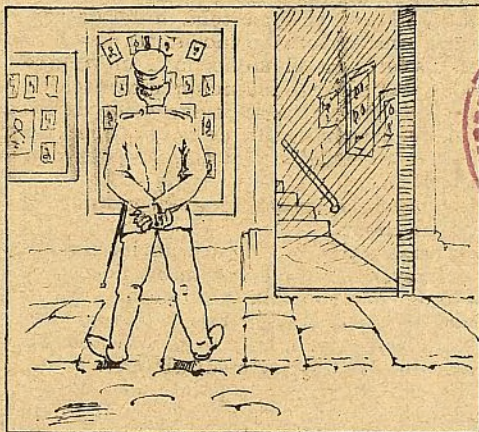


## MITOLOGÍA, POR FIGUER.

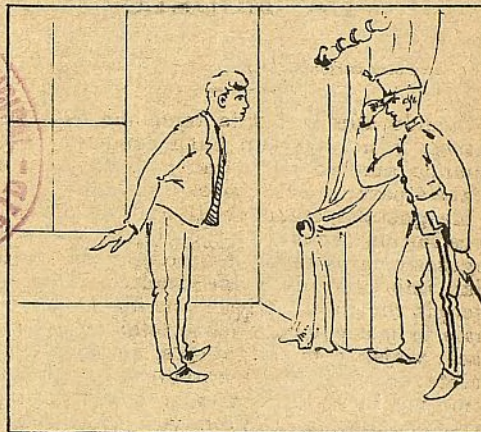




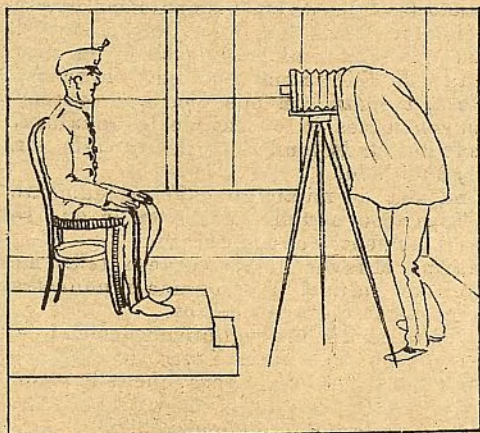
UN ESTORNUDO Á DESHORA, POR FIGUER



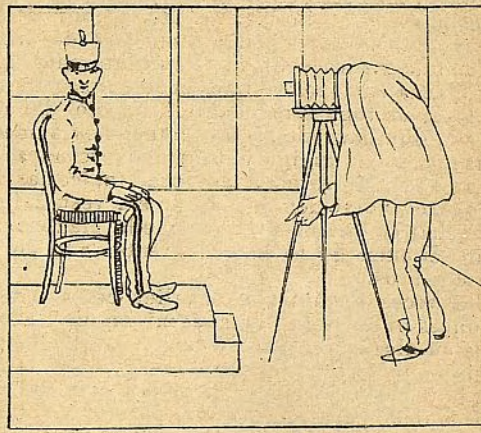
—Es el caso que yo le he prometido á la Tiburcia un retrato mío. Y este retratista parece bueno y... Yo voy á subir.



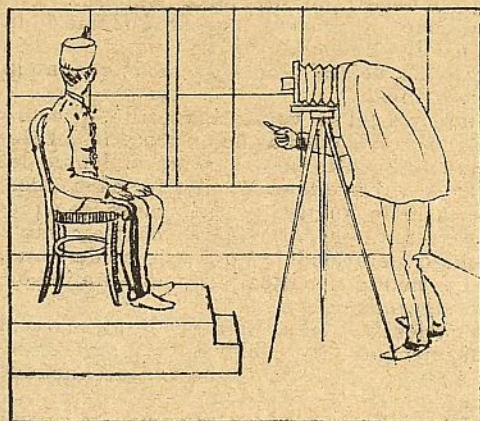
—Buenos días. ¿Es aquí donde retratan?  
—Si señor: si quiere V. pasar...



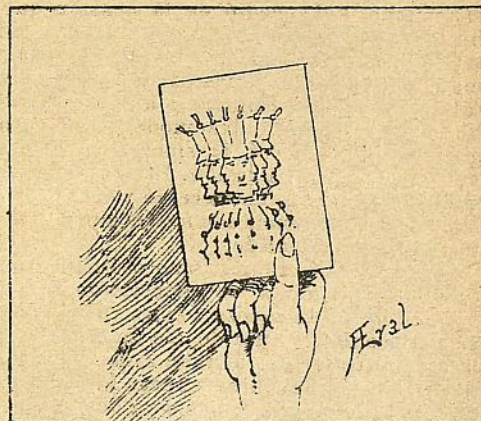
—Ahora estese Vd. quieto, muy quieto.



Pero ¡que si quieres! á Pancracio le entran unas ganas feroces de estornudar... Y no sólo estornuda...



sino que repite,



¡Y así sale el retrato!



## LA MODELO

A mi buen amigo el distinguido pintor Juan Llimona.

Cuando aún la patria tenía una esperanza menos y nosotros un buen compañero más cuando aún no había muerto! yo acostumbraba á pasar muchos ratos á su lado.

Me gustaba escuchar al amigo, oír de su boca los animados recuerdos de sus viajes, los fogosos elogios de los cuadros que más le habían impresionado y las picantes saetas que escupía contra la crítica de molde hecho ó de mala fe más ó menos embozada; me gustaba hacer viajar, como él, los ojos, del modelo á la paleta, donde el pincel revoloteaba y chupaba como mariposa ansiosa entre flores, para posarse enamorada en la tela y dejar en ella, no sólo el colorado polvillo de sus alas, sino también la sedosa huella de la luz recogida en su camino; me gustaba ver como la misteriosa maña del pintor me descubría en la tela los tonos y matices del natural, que hasta entonces mis ojos no habían sabido encontrar; me gustaba, en fin, aquella atmósfera de taller, donde la luz descendía de altos ventanales, pura y blanca como concebimos la del primer día, para dar un tono esplendente á los ojos del modelo, iluminar alegre las creaciones á medio nacer de mi amigo y besar con ternura las enmohecidas armas, las rotas tapicerías, los cuadros polvorientos, las arcas, vestuarios y *bibels* de otras centurias, que la piadosa mano del buen gusto había desenterrado de los escombros.

A veces encontraba el taller cerrado y entonces ni siquiera llamaba; mi amigo trabajaba en algún estudio de desnudo y no estaba bien que por mi egoísmo, hiciera perder la *epos* á la modelo y promoveriera una corrida hacia el biombo para ocultar sus carnes. Mordíame el labio, doliéndome de los pasos perdidos, y me dirigía á otra parte. Pero como, después de una contrariedad así, solía pincharme el deseo de volver pronto, no sé si por nostalgia ó curiosidad, mi visita inmediata no se hacía esperar mucho. Así sucedió en la ocasión que me ha puesto la pluma en la mano. Había encontrado la puerta herméticamente cerrada una mañana y, á los tres días por la tarde, volví al taller, creyendo encontrarlo abierto, como debía estarlo, porque las modelos de mi amigo acostumbraban á ir siempre á la misma hora de la primera sesión. Efectivamente, no me equivoqué: la puerta cedió y el corazón me latió de complacencia sin sospechar que el pintor podía haber salido.

Dos de sus discípulos (amorosamente entretenidos, copiando á un viejecito de arrugada piel, cubierta la cabeza con un calañés de copa muy cónica y color de ala de mosca, que á la luz del taller cobraba un tono de raso maravilloso) sin levantar apenas la cabeza, me dijeron que el pintor hacía ya dos horas que había salido y que no podía tardar... que le esperara.

Dejando el sombrero y el bastón sobre una arquimesa, empecé á revolver objetos con la

libertad que la amistad me permitía, cuando de pronto, al volver una tela, hubo de sorprenderme una cabeza hermosísima de andaluza con claveles en el moño, con el *ochavo* de raso en las sienes, intención picaresca en los ojos y una gracia tal en la expresión de los labios, en lo arremangado de la nariz, en los hoyuelos de las mejillas y barba, que era una belleza soñada.

Contemplándola estaba todavía, cuando se presentó mi amigo.

Su voz, más ronca que de ordinario, me advirtió su presencia cuando ya había dejado su sombrero de copa sobre la arquimesa.

—Basta por hoy; pueden Vds. retirarse—decía á sus discípulos, mientras se quitaba los guantes, con aire triste y meditabundo.

Los discípulos lavaron la paleta, el viejo dejó el calañés sobre la silla y pronunciando un «que lo pasen Vds. bien» desaparecieron pronto modelo y discípulos. Mi amigo parecía no haber reparado en mí, removiéndose por allí con rara inquietud, apartando taburetes y sillón, plegando caballetes, volviendo de una manotada las telas de sus discípulos sin fijarse en si el color estaba seco ó no. Por fin se dejó caer en una silla azul y al levantar la cara deslizándose la abierta mano por entre la sedosa cabellera, tropezó con mis ojos que contemplaban sonrientes la cabeza de la andaluza, saliendo del fondo ceniciento de una tela sin pintar, á mi lado.

La mirada de mi amigo bajó rápidamente hasta topar con aquella cabeza en la que se clavó un momento con melancolía.

—Hazme el favor de volver esa tela—me dijo por todo saludo. Y enseguida hundió otra vez su cara entre sus dos manos.

—¿Qué te pasa?—le pregunté obedeciéndole.

—Vienes muy cabizbajo. Yo, que te esperaba para felicitarte por esta cabeza, que es lo mejor que has hecho en tu vida...

—¡Ojalá no la hubiera empezado!

Y se levantó, vino á buscarla en dos zancadas y cogiéndola, la tiró de punta al suelo, rompiendo con el golpe su bastidor en tres pedazos.

—¿Qué haces? ¡no seas loco, hombre!... grito yo, lleno de ansiedad, apoderándome de la obra medio estropeada.

—¡Déjala, déjala! ¡ponla de modo que no la vea, por Dios!

Y mientras él se volvía á su silla, procuré ocultar el cuadro detrás de un armario del Renacimiento, oculto entre la sombra, dentro del cuarto de vestir que el biombo formaba. Después, lleno de angustia por la causa de aquellos extremos, me arrimé respetuosamente á mi amigo y sintiéndole llorar, llorar de veras, procuré mantenerme callado, para no importunar su sentimiento.

La curiosidad, el ansia me afligían; pero al mismo tiempo, aquel dolor me infundía respeto y á buen seguro que una vez desahogado el corazón, mi amigo hablaría.

Así fué. Enjugadas las lágrimas, la cabeza apoyada sobre la mano derecha, sus ojos desviados de los míos y con vergonzosa voz, me dijo:



—Chico, no extrañes nada de lo que hago. Me ha sucedido una cosa muy seria, tan seria, que estoy resuelto á no pintar más. Hace cuatro días, paseando por la carretera de Montjuich, encontré dos gitanas andaluzas que bajarían probablemente de echar la buenaventura á los soldados del castillo. Una de ellas era vieja, la otra jovencita, ambas tipos perfectos de su raza. La jovencita, sobre todo, era andaluza por el garbo, por la lengua, por el modo de vestir... Aquella saya corta, con volantes, que no se sostiene á plomo y que el movimiento de las caderas hace oscilar como un péndulo; aquel gran mantón de cuadros llamativos, que cae y se sostiene pegado al contorno del cuerpo, jugando con el pañuelo de la cabeza que deja al aire todo el cabello y que yace aplastado al rededor del cuello, por donde va dando saltitos la doble gargantilla coralina... aquellos pendientes, aquellos alfileres del moño, llenos de pedrería falsa, aquel cabello negro, que parece empapado en aceite virgen, aquellas pestañas largas, verdadero velo que la caritativa naturaleza le ha puesto delante de los ojos para que no quemen al mirar, aquel... en fin, el tipo de la huri, de la bayadera, de la sirena y ¿por qué no decirlo?... el tipo de la andaluza que la pintura ha perseguido hasta hoy. Para mi cuadro de que tanto te he hablado, *La cañita de Jerez*, no podía darse un modelo mejor. Así que, en cuanto me pararon y me cogieron la mano por la punta de los dedos, preparándose á echarme la buena ventura, enseguida las interrumpí hablándolas formalmente de venir al taller á ganarse una peseta por hora. Como picadas de una tarántula, salieron entonces con una pata de gallo de las suyas, que probaba la desconfianza que tenían en mis honradas intenciones. Se lo propuse y expliqué con calma y, tranquilizadas, quedamos citados para el día siguiente.

Efectivamente, á la hora convenida se presentó la chica, pero no acompañada de su madre, sino de un gitano de diez y ocho años, que yo tomé por hermano de ella. El mismo color de nogal viejo, los cabellos de seda negros arrollados encima de la oreja en forma de lengua que lamía las sienes, ojos de azabache, labios carnosos y encendidos como brasas, una cara toda pasión y unos movimientos rápidos y elásticos como los del gato. Al verle, mi imaginación añadió una figura al cuadro. No obstante, yo había de empezar por la hermana, principal personaje de la composición, en el cual habían de fijar sus miradas las demás figuras.

Hice subir á la gitana sobre la tarima; su hermano se sentó en esta arquimesa, las piernas colgando y bajo sus pies un perrito de aguas, rapado de medio cuerpo arriba, hasta versele la piel color de rosa, y después de indicar de palabra á la chica, desde aquí, como debía colocarse, subí á la tarima para ponerle bien la cabeza, que cogí con dos dedos por las sienes y la barba.

De repente sentí que me tocaban la espalda. Vuelvo la cabeza y me tropiezo con la frente del gitano, los ojos encendidos...

—¡No la toque V! Dígame V. como se ha de

poner y ella se arreglará -dijo en andaluz cerrado y con tono enérgico.

Mi primera impresión fué de sorpresa indefinible; después pensé que aquel no era hermano sino amante celoso, y medio compadeciéndole y medio riéndome de su candidez, me senté de nuevo delante del caballete para buscar con el carbón el contorno de la cabeza. Desde aquí mismo le iba yo diciendo: «vuélvase un poco hacia la izquierda», «levante un poco más la barba», «no tanto», «una miaja más», «así, no se mueva.»

El gitano seguía sentado en la arquimesa, moviendo las piernas, tirándose de los rizos, escupiendo por el colmillo y clavando la celosa mirada en mi trabajo, que había de parecerle detestable. El perrito, con sus ojos de albino, miraba á su amo, se lamía el hocico con su lengua de á palmo, aplanada y sonrosada, se levantaba, daba una vuelta sobre el mismo azulejo, haciendo oscilar el plumero con que remataba su pelada cola y ¡paf! se echaba otra vez en el mismo sitio. Repitió tantas veces esta maniobra, que á veces se me iba el santo al cielo, porque con el rabo del ojo, y con harta frecuencia, veía moverse á mi derecha aquella mancha blanca y revolotear á dos palmos del suelo el plumero con que terminaba su cuerpo. Un poco distraído por el animalito y preocupado un mucho por el dibujo, viendo que la modelo se movía, salté de nuevo á la tarima para poner bien la cabeza de la gitana. Y otra vez ¡pam! golpe á mi espalda y la subsiguiente observación del nuevo Otello.

Con interrupciones de esta especie, que cada vez eran más bruscas y enérgicas, hice en dos sesiones lo que has visto, aunque trabajando con mucho encogimiento por aquellos inexplicables celos.

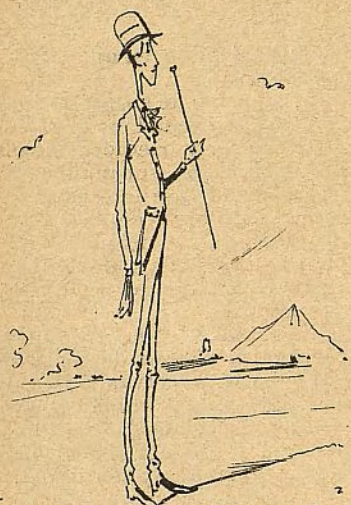
Al tercer día la modelo no pareció; la esperé inútilmente mañana y tarde, pero no hice caso, acostumbrado como estoy á eclipses de esta especie. Yo estaba enamorado de aquella cabeza, sentía la fiebre del trabajo y, naturalmente, no era muy de mi gusto descansar por fuerza. Pero ¿qué hacer? ¡Ya volverá mañana ó pasado, si quiere! pensaba. Y así procuraba consolarme á mí mismo, viendo trabajar á mis discípulos, cuando al día siguiente, cojo este periódico y me encuentro con esta gacetilla.

Mi amigo me entregó el periódico y me señaló con el dedo una gacetilla que decía haberse encontrado en la montaña de Montjuich, cosido á puñaladas, el cuerpo de una gitana de unos 18 años, sin que los tribunales hubiesen podido identificar el cadáver, ni la policía seguir el rastro del criminal.

Cuando hube leído, el pintor continuó, amarillento, como si la situación empezara de nuevo:

—El corazón me dió un vuelco y en seguida se me ocurrió la idea de que la desconocida víctima sería mi modelo. Fuíme sin vacilar, corriendo, al depósito del Hospital, la *Morgue* de Barcelona, donde tal vez estaría expuesto el cadáver. ¡La misma, chico, la misma! Lo que entonces pasó por mí no puedo decirlo: un sudor frío bañó todo mi cuerpo; debía de estar blanco como un lirio; perdí por un momento el





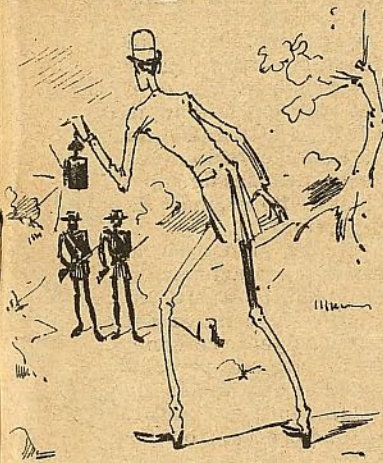
Periquito Moquetes era un joven fino,  
¡muy fino!



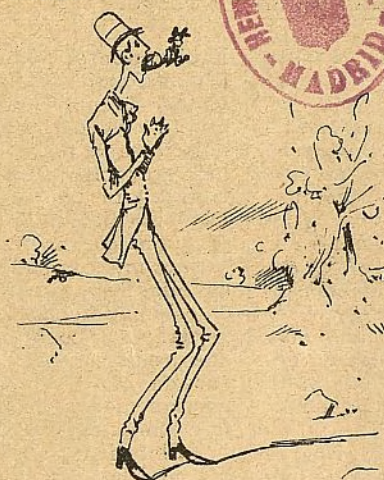
que se pasaba la vida haciendo castillos  
en el aire.



Un día, Perico examina su corazón y  
ve que está vacío.



Busca entonces con afán una pareja.



Le sale una novia.



Perico le abre su pecho.



Ella le da un *sf*.



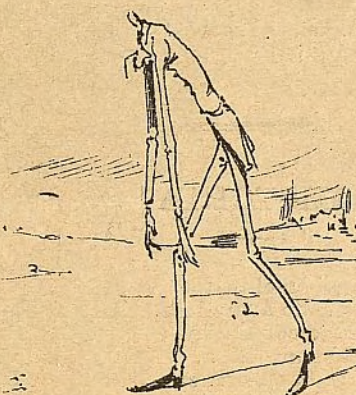
Pero viene un amigo y se la sopla.



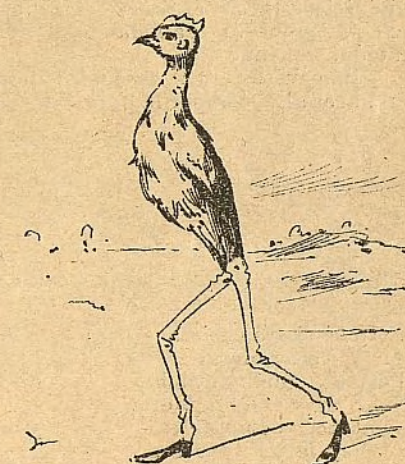
Con lo cual, ella le planta.



Perico ¡naturalmente! se quema.



pierde la cabeza...



y como observa que se le pone la piel de gallina,



toma una turca para animarse



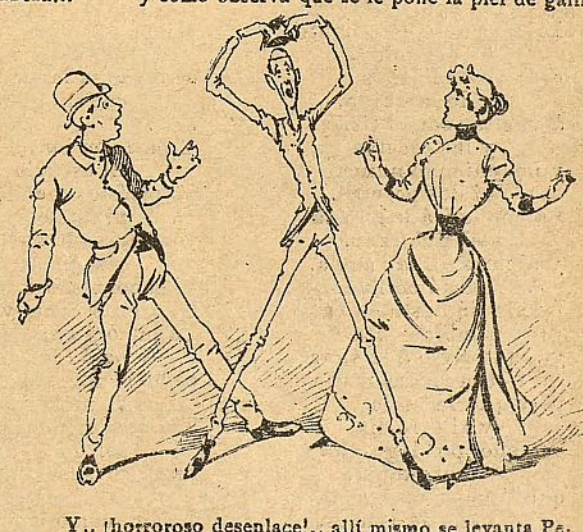
Monta en cólera.



y se va, volando á ver á los dos infieles,



á quienes encuentra pelando la pava.



Y... ¡horroroso desenlace!.. allí mismo se levanta Pe-  
rico la tapa de los sesos.



sentido y hube de arrimarme á la pared para no caer. ¡Yo, yo parecía el asesino! No pocas horas hubieron de transcurrir y no pocas reflexiones, tuve que hacerme para tranquilizarme hasta el punto en que me ves, esto es, para convencerme sólo de que, ya que la ley no puede perseguirme como coautor ni como cómplice, he de reconocer que no he influido gran cosa en el hecho. De todas maneras, poco ó mucho he influido; yo, aunque sin querer, he encendido los celos que han puesto el puñal en manos del gitano. Porque no lo dudes: es él quien la ha muerto y la ha muerto nada más que por celos, sospechando tal vez que yo deseaba aquel retrato porque estaba enamorado de ella, diciendo entre sí: «Pues bien, te la mataré y no podrás terminarlo.»

—¡Calla, hombre, calla! no digas disparates, no ha sido nada de eso. Acaba; ¿qué has hecho luego, de dónde venias ahora, enlutado y tan fuera de tí que hasta has roto la tela del cuadro?

El amigo se pasó la mano por la frente como si quisiera torcer el camino al chorro de sus exclamaciones, y reanudando el hilo de su relación, continuó:

—Pues verás: una vez más tranquilo, pensé en hacer algo útil por la pobre víctima, á quien

hubieran enterrado como á un perro, sin caja, ni acompañamiento; no descansé hasta lograr que me la enterraran decentemente, pagué el ataúd, comenzó á circular por casualidad la noticia entre mis compañeros y esta tarde la hemos acompañado hasta el Cementerio unos treinta pintores y escultores, despues de adornarle la caja con guirnalda de flores, una palma y una corona de siemprevivas.

Para mis compañeros esta ha sido una de aquellas fiestas que se permite el corazón cuando está satisfecho de su caridad; para mí, un verdadero tormento, una aflicción como la del que preside el entierro de un pariente cercano; parecía que acompañaba á alguna persona muy querida de mi familia y es que, á más de la víctima, enterraba mis aficiones de pintor.

Y al decir esto, dos lágrimas resbalaron por las mejillas de mi amigo; pero, á Dios gracias, para bien del arte y de su nombre, si no volvió á tocar aquel cuadro, volvió á pintar y pintó hasta su muerte.

¿Y qué había de hacer? Recordándole un día aquellos propósitos, me respondió riendo:

—¿Acaso son más firmes los propósitos de los viudos? ¡Oh dolor, dolor, cuántas poesías haces!

NARCISO OLLER.

## HISTORIA

No sé si era corista  
ó era bolera.  
Pero era una muchacha  
muy sandunguera,  
de atractivos notables  
y larga historia...  
Sus cabellos de oro,  
su nombre Gloria.  
Él, un pobre estudiante  
de medicina,  
esclavo de la tisis  
y de la quina,  
á vueltas con el tifus  
y las recetas  
y no teniendo nunca  
ni dos pesetas.  
La conoció á la puerta  
del Eldorado,  
y al mirarla tan mona  
quedó chiflado.  
La siguió hasta su casa  
tímidamente  
y... se volvió á la suya  
tan ricamente;  
pero quería verla  
y al otro día  
empeñó, por lograrlo,  
cuanto tenía,  
quedándose el muchacho  
lleno de apuros,  
pero señor y dueño  
de quince duros.

Los gastó en el teatro  
viendo á su diosa,  
disfrazada con mallas  
de punto-rosa,  
y cuando la esperanza  
le sonreía  
de lograr la ventura  
que pretendía,  
se encontró que la ninfa  
de rostro hermoso  
se le había largado  
con un gomoso.  
Y pasaron los meses.  
El estudiante  
no pisó los teatros  
ni un solo instante,  
pero quiso la suerte  
que cierto día  
se encontrara á una joven  
en el tram-vía.  
La miró y ella entonces  
bajó los ojos,  
como si fuera presa  
de mil sonrojos...  
Tal candor admirando,  
soltó el Galeno  
un piropo asesino.  
de almibar lleno.  
En fin, como las cosas  
surgen de nada,  
hablaron y ella dijo

que era casada.  
Despues.. nada, un enredo  
morrocotudo,  
del que salió el muchacho  
por donde pudo,  
no sin llevar á cuenta  
dos estacazos,  
que le largó un marido  
con bigotazos.  
—Me está muy bien—se dijo—  
¡voto á mi historia!  
Por algo la taimada  
se llama Gloria.  
Al cabo de dos meses  
la vió en Romea  
de merluza en *El triunfo  
de Galatea*.  
Hoy, doctor en un pueblo,  
si se suscita  
la cuestión del teatro,  
pelea y grita,  
criticando la vida  
del escenario,  
contra el cura, el albeitar  
y el boticario  
y dice:—Lo confieso  
con honda pena  
¡aborrezco las glorias  
de nuestra escena!

José M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.





## CARTA CERRADA (1)

No sé si por distracción;  
tal vez por falta... ó por sobra,  
en la oportuna sección  
hay una equivocación  
sobre el precio de *mi obra*  
(dicho sea con perdón  
de quien paga y de quien cobra  
la edición.)

Dice usted,  
mi apreciable Don José  
Fernandez de la Reguera,  
después de echar la campana  
lisonjera

casi á vuelo en LA SEMANA,  
(cosa que yo no merezco,  
pero cosa que agradezco  
de todas veras á quien  
haya dictado tal cosa,  
porque resulta preciosa  
y me ha sonado muy bien)  
que «Música Celestial»

(pobre fruto de un poeta,  
para lo chirle especial)  
*cuesta* sólo una peseta  
¡y eso me suena muy mal!

¡Voto á Cribas, camarada!..  
Sobre el puño de la espada  
la trémula mano puesta,  
juro á Dios

que, como costar, no *cuesta*  
una peseta: ¡son dos!

Y puede salir garante  
de mí voto y juramento  
una persona importante,  
de muchísimo talento,  
que ha comprado y ha leído  
la *Música* de mi cuento...  
¡único caso ocurrido  
hasta el presente momento...  
*histórico* decidido!

¡Ocho reales;

dos pesetillas cabales,  
que han entrado en mi bolsillo,  
para aumento de caudales  
y ayuda... del panecillo  
de MÚSICAS CELESTIALES!  
Puede creérmelo usted,

Don José,  
porque la verdad es esta,  
de la que voy dando fé:  
como costar eso *cuesta*;

si, señor;  
pero si el *una* al valor  
del libro se refería,  
en eso ya no me meto,  
porque la cuestión varía  
por completo,  
y no cabe duda alguna  
¡y eso ni Dios lo remedia!  
¡Dos pesetas!.. ¡cá! ¡ni una!  
¡qué digo ni una! ¡ni media!

ANTONIO MONTALBÁN.

## El primer sueño de un niño (2)

## CUENTO

(Conclusión).

—Nos cuenta historias del otro mundo! exclamó un muchacho.

—Dice que se acuerda de todo lo que le pasaba mucho antes de nacer! añadió otro.

—¡Eh! exclamó el profesor, cesando en su tarea...

—Sí, señor: dice que ha vivido otra vez...

—Soltadle ya y llevadle al cuarto oscuro.

El caballo emprendió una especie de trotecillo, y poco después estaba Lésmes encerrado.

Don Hipólito, en cambio, había quedado pensativo.

Del interrogatorio que hizo á sus discípulos resultaron declaraciones absurdas; pero la más extraña y grave fué la que acusaba á Lésmes de haber sustraído una miniatura de mujer, que tenía el maestro en mucha estima.

Lésmes no negó el hecho cuando el maestro fué á tomarle declaración en su mismo calabozo: antes al contrario, respondió lleno de audacia:

—El retrato que me llevé me pertenece: esa mujer ha sido novia mía.

—¡Embaucador! exclamó irritado el maestro blandiendo otra vez las disciplinas; esa mujer es mi madre, que murió de vieja hace veinte años.

Y se oyeron en el calabozo fuertes correazos y gritos infantiles.

## [II.]

—¿Cree V. que hemos vivido más de una vez, y que después de la muerte resucitaremos nuevamente en otra forma? preguntaba D. Hipólito aquella misma tarde á su amigo D. Angel Rabineti, mientras paseaban.

—¿Que si lo creo? Soy espiritista. Envieme usted ese muchacho, y le interrogaré con suavidad. Su carácter discolo y rebelde es un resto de energía de la última encarnación, contestó D. Angel, que era hombrecillo vivaracho y de ligeros movimientos.

—Pero ¿cómo me explica V., insistía el maestro, eso de conservar memoria de la otra vida?

—Muy fácilmente: si el muchacho se acuerda de ello, está explicado.

—Es que los fisiólogos aseguran que la memoria es una facultad esencialmente orgánica; es decir, que sólo se conservan los recuerdos en el cerebro, que recibe las impresiones: cuando la muerte le destruye, los recuerdos se desvanecen.

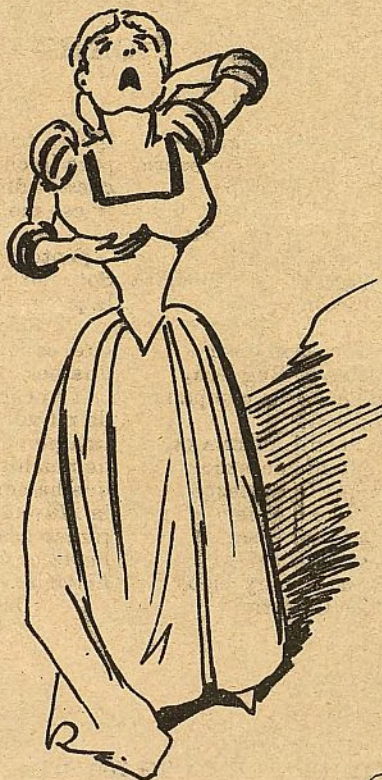
—Eso es una teoría, Sr. Ablativo, que Lés-

(1) Al dar cuenta en el número 14, de la publicación del libro *Música Celestial*, dijimos equivocadamente que costaba una peseta. A este error se refiere la presente poesía, que por haber llegado tarde no pudimos publicar la semana pasada.

(2) Véase (si se quiere) el número 14 de la SEMANA CÓMICA



EN EL TEATRO, POR MELITÓN GONZALEZ.



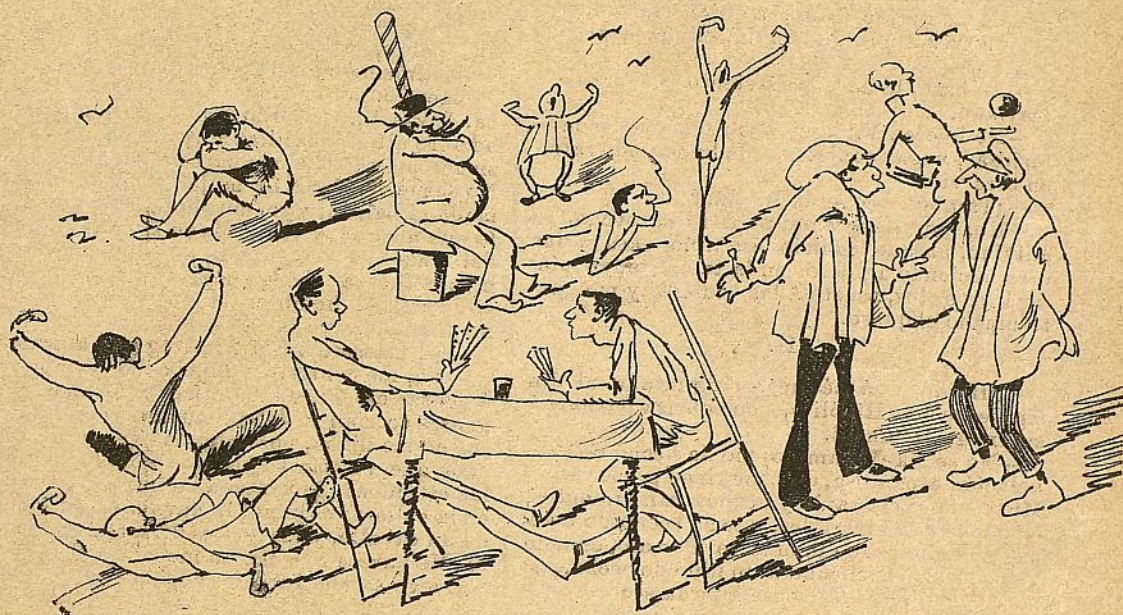
EL ARTE DE AYER.



EL ARTE DE HOY.



EL 1.º DE MAYO EN BARCELONA, POR LAGO.



En las plazas, calles y paseos.



En los paseos, calles y plazas.



mes refuta por el método experimental, desde el momento en que me cuente lo que le sucedió antes de su último fallecimiento.

—Sr. Espinilla, me parece que esa cabeza no está firme. ¿Por qué no se sangra V.?

—Es V. un incrédulo, á quien convencemos tal vez algún día; en fin, envíeme al muchacho.

—Lo haré, lo haré; pero siento verle tan extraviado.

—No lo crea V.; yo tengo revelaciones misteriosas, vagas conjeturas de haber sido ratón en otra vida.

—¿También recuerda V. algo?

—No, por desgracia; pero lo sospecho, lo advino, porque cuando era niño pasaba los días haciendo agujeros en la tapia, tengo miedo á los gatos, asusto á las mujeres y me gusta mucho el queso.

### III.

—¿Habló V. á Lésmes? preguntaba al día siguiente don Hipólito, con sonrisa burlona á su amigo D. Angel.

—No se ría V., amigo; me ha hecho una revelación espantosa, que me tiene preocupado. Mi teoría es cierta: hay hechos tan violentos, emociones tan terribles, que su recuerdo traspasa los límites de la muerte. Por eso, cuando veo sonreír en su cuna á un niño de pecho, me parece que aquella frente guarda secretos augustos, que olvida el hombre á medida que pierde su inocencia.

—Mi curiosidad se excita, repuso el domine; hable V. pronto.

—Pues bien, tengo la firme convicción de que Lésmes Travesedo ha sido un héroe; y es claro, ¿había de recibir con paciencia los azotes?

—¿Cómo! ¿Ese arrapiezo se las echa de bravo? exclamó D. Hipólito metiéndose la mano en el bolsillo, como para buscar las disciplinas, por ese movimiento natural de los antiguos maestros, equivalente al de los militares cuando llevan la mano al puño de su espada.

—Tenga V. calma y escuche. Yo, que no doy á nadie correazos, pues soy más bien asustadizo, inspiro confianza y divierto á los muchachos. Lésmes es ya mi íntimo amigo, y me ha contado la verdad. Escuche V. y asómbrese.

Don Hipólito se sentó en una piedra colocada cerca de una gruta, y D. Angel empezó su narración de pié y con su acostumbrada ligereza.

### IV.

—Sr. D. Angel, me preguntaba Lésmes hace un instante, ¿son verdad los sueños?

—Hombre, le dije, no lo sé. Me han dicho que te acuerdas de lo que te sucedía antes de nacer. ¿Es eso cierto?

—Es una broma mía, contestó; sueño mucho, y finjo á mis amigos que me sucede lo que sueño. Porque, la verdad, parecen cosas sucedidas, y como tengo tanta memoria, nunca las olvido. ¿Creerá V. que recuerdo todavía el primer sueño que tuve?

Figúrese V. la curiosidad con que le animé á que me lo refiriera.

—Es un sueño muy triste, y parece una historia de esas que cuentan los hombres cuando se reúnen junto al fuego: quisiera olvidarle, y se me representa muchas noches, y algunas veces hace que me duela el lado izquierdo.

—Recuérdalo, hijo mío.

—Lo que he olvidado es el principio. Era yo un hombre, y quería mucho á una mujer; tenía la misma cara del retrato que he quitado al maestro, pero no me acuerdo cómo se llamaba. Y vea V., recuerdo el nombre que tenía un hombre alto, de patillas muy negras, y el cual, siendo muy guapo, me parecía muy feo. ¡Luis! No se me olvidaba. La mujer había estado asomada al balcón, y yo, muy enfadado, quise ver lo que miraba, y vi á Luis en la calle. La cogí del brazo y se lo sacudí; en sueños se tiene mucha fuerza. Luego cogí una navaja y salí en busca del hombre. La mujer daba gritos y me llamaba... yo no sé cómo.

—¿Y mataste á Luis? le pregunté alarmado.

—No, me contestó el muchacho; ya no volví á pensar en él; sonaban tiros á lo lejos, y las gentes corrían y daban muchas voces; entonces no me fijaba, pero algunas veces he recordado que vestían trajes que sólo he visto en las estampas. Se trataba de matar franceses en la calles; yo hundi la navaja en el vientre de un caballo, y las gentes arrastraron al jinete. Me parece que era un moro.

Luego estaba furioso, y siendo un hombre, lloraba como un niño: una mujer, que yo no conocía, me cargaba un fusil muy ancho, y disparaba á cada instante; pero á mi lado había muchos muertos y sonaba por todas partes un estruendo espantoso.

Después me vistieron de fraile para que no me conociesen, y salí por la calle en una noche muy oscura; y me cogieron unos soldados, me hablaron y no los entendía; luego me registraron, levantándome la ropa.

Todo esto lo recuerdo muy mal; lo que recuerdo mejor es lo que sigue.

Había una fila de hombres y mujeres á lo lejos.

—Van á fusilarlos, me dijo no sé quién; nosotros estamos libres porque no tenemos armas.

Miré á los que iban á morir, y crea V. que me alegré: Luis estaba en medio.

Un jefe le miró muy despacio, y oí que exclamaba:

—¿Qué hombre tan hermoso!

Después se volvió hacia otro jefe y le dijo:

—¿No podríamos salvarle?

—Es imposible; están contados.

—Eso tiene remedio; poned en su lugar á aquel frailecillo tan ruin.

Y me señalaron á mí, Sr. D. Angel, exclamó el muchacho con los ojos espantados, como si aquello estuviera sucediendo.

Quise gritar, pero me pusieron una mordaza y me arrodillaron á la fuerza. Mientras tanto, el jefe dió la orden de que condujeran á Luis hasta su casa, y Luis dió las señas de la mía, mientras me apuntaban un fusil á la cabeza, en la que sentí un estampido como un trueno.

—¿Y luego? dije á Lésmes.

—Luego desperté: estaba en la cama con



una mujer desconocida; poco á poco fui sabiendo que era mi madre; todo aquello había sido un sueño, y me alegré de ser un niño.

V.

Don Hipólito se había levantado con gesto de mal humor, y D. Angel retrocedió, al verle, algunos pasos.

—¡Sr. D. Angel! dijo el maestro con voz cólerica. ¿Quién le ha contado á V. la historia de mi padre?

—¿De su padre de V.? repuso Espinilla, alejándose cada vez más... Pues bien; ¡él mismo!

—¡Mi padre murió fusilado, trocado por otro y disfrazado de fraile, el Dos de Mayo!

—Pues su padre de V. es hoy Lésmes Travesedo. Es inútil que saque V. las disciplinas y se irrite, señor domine, porque no soy un muchacho y no me alcanzará. Lo que debe usted hacer es moderar su genio y no volver á imponer ese castigo. Sr. D. Hipólito, ha dado usted azotes á su padre.

El maestro quiso lanzarse sobre el espiritista, pero éste huyó con la lijereza del ratón, refugiándose en el agujero de una cueva.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

## CHIRIGOTAS



«Hay días de mala luna  
que todo sale al revés...»

Nada; y que no vale darle  
vueltas. Porque cuando uno es  
tá de desgracia... es que lo  
está.

Digo esto porque para el presente número me había mandado *Mecachis* una lámina, bonita como suya, titulada *El primero de Mayo*: lámina que al ser transportada á la piedra, ha sufrido un percance que la ha inutilizado.

Y es triste cosa que, esforzándonos nosotros por complacer á Vdes. y por dar al periódico la nota de actualidad, venga la pícara suerte y malogre en flor todos nuestros esfuerzos.

En fin: ¿cómo ha de ser?

Acatemos la voluntad del Altísimo... y encarguemos á *Mecachis* nuevos dibujitos.

—\*

Díjome ayer Consuelito  
que estoy ya chocho, y lo admito.  
Contra la razón no arguyo;  
me agrada un lindo palmito...  
y estoy chocho por el suyo.

L. LOPEZ.

—\*

Plato del día: salchichón con ripios.

Tiene la palabra el revistero de toros de mi simpático colega *El Noticiero Universal*:

«A mi vera se sienta un ciudadano  
berrendo en corolao corniveleto,  
que para merendar entre otras cosas  
se trae un salchichón de 20 metros.»

Dejemos al ciudadano ese merendando entre otras cosas, mientras se lidia el primer toro y vamos á ver qué es lo que hacía durante la lidia del segundo.

Pues durante la lidia del segundo toro....

«El del salchichón, que se ha comido ya metro y medio, deja de hacerlo de coraje»

¿Deja de hacer, qué? ¿el salchichón?

Pues entonces no diga Vd. que estaba comiéndolo; sino que estaba haciéndolo!

Fin de la historia del salchichón tremendo. Mata *Minuto* al cuarto toro y...

«Mi vecino, entusiasmado,

le arroja el salchichón que le ha quedado.»

¿Qué dicen Vdes? ¿Que sobra una sílaba en el primer verso?

Bueno; pero es porque el vecino estaba entusiasmado. Y cuando se entusiasma uno y se entretiene en tirar salchichones ¡no se pueden contar las sílabas!

—\*

Dicen que los panaderos,  
¡oh, seres sin corazón!

van á declararse en huelga,  
lo que será un caso atroz.

Yo sin pan vivir no puedo

y si eso es cierto, me voy  
y emigro á Pequín, ó á Viena,

ó á Berlín, ó á Liverpool!

¡y, allí comeré, á lo menos,  
el pan de la emigración!

—\*

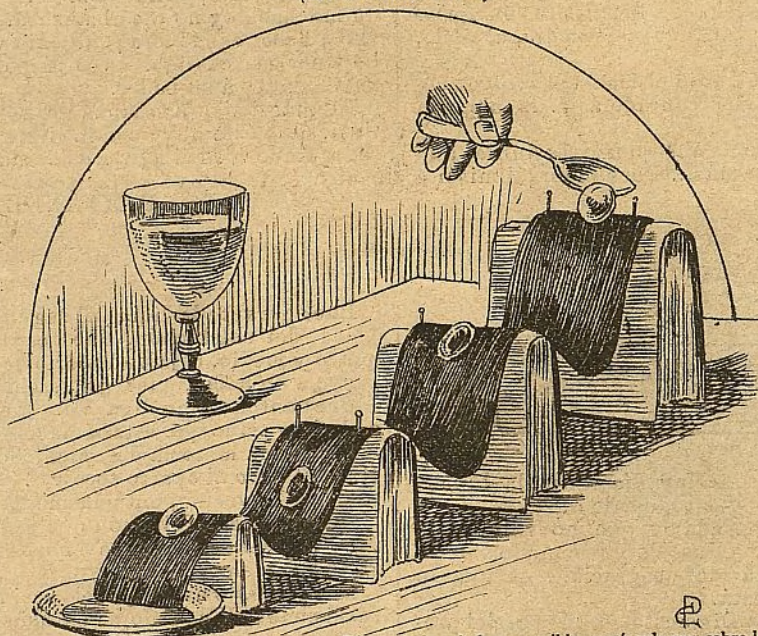
OBRAS RECIBIDAS.—*Questions sociales*, folleto en que el director de *La Tramontana*, don J. Llunas, expone con claridad y concisión muchas de las cuestiones que afectan al problema social, desde el punto de vista revolucionario. Precio: 2 reales

*Puntos suspensivos*.—*Versos serios y festivos*. (Segunda edición), por nuestro antiguo compañero de redacción y actual colaborador Pepe Borrás. Ya hablamos de esta obrita, tributándole los elogios que merece, cuando apareció la primera edición. Precio: 1 peseta.

*Sirena*, poema que demuestra en su autor, D. F. Zarandona, excelentes cualidades de poeta. Precio: 4 reales.

Imp. de Calzada, Arco Teatro, 9, pasaje.





Tomen Vdes. una tira de papel, del ancho de LA SEMANA CÓMICA y lo más larga posible, y pásenla por sobre la llama de una lámpara que produzca humo. Una vez el papel esté bien ahumado por una de sus caras, colocan Vdes. sobre la mesa varios libros de ancho creciente, tales como los indicados en el dibujo, y sobre sus lomos, y clavada con alfileres; se extiende la tira de papel, de modo que vaya formando ondulaciones tanto más acentuadas, cuanto más se vayan acercando del libro mayor al más pequeño. Hagan Vdes. que la extremidad del papel que viene á quedar sobre este (sobre el libro menor de todos) caiga dentro de un plato ó de una fuente.

Hecho esto, con una cuchara, se van echando gotas de agua sobre la parte de la tira de papel ahumado que queda encima del lomo del mayor de los libros, y notarán Vdes. que, como si fuesen bolitas de cristal, las gotas de agua resbalarán sobre el plano inclinado que primero encuentran; luego, por virtud de la velocidad adquirida, subirán hasta el lomo del segundo libro, y así sucesivamente hasta que, una tras otra, van á caer al plato ó a la fuente que al lado del libro más pequeño se haya colocado.

Nada más curioso que el aspecto de esta especie de *Montañas Rusas*, en que las gotas de agua, subiendo y bajando de unos libros á otros, parecen querer alcanzarse y competir en velocidad.

## \*—\* ANUNCIOS \*—\*

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN BARCELONA

—D. JUAN TASSO—  
Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ  
Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta  
Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA  
*en la República Mexicana*

D. RAFAEL B. ORTEGA  
Primera de Sto. Domingo, 12  
MÉXICO

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA  
*en la Isla de Cuba*

Sra. Vda. de Pozo é Hijo  
Obispo. 55 — HABANA

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA  
EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGÁS  
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA  
EN PARIS

Madame Lemaitre  
Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN BURDEOS  
Mr. Marcelin Lacoste  
Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA  
*Periódico literario, festivo, ilustrado*  
Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
Barcelona. . . . Trimestre. 1'50 ptas.  
Fuera. . . . . Semestre. 5 "

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Plaza de la Universidad, 5, 4.º 2.º  
BARCELONA.

Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde